

Plasmar la transitoriedad: *Las noches oscuras del alma*, de Cristian Pineda

José Manuel Springer

La carrera pictórica de Cristian Pineda surge y evoluciona a través de cuestionamientos sobre las formas de expresión artística. A lo largo de su trayectoria cada serie aporta reflexiones sobre el significado del arte y la vinculación de éste con procesos de autoconocimiento. Su búsqueda le ha llevado a decantar arquetipos del pensamiento visual, que representan el mundo interior y las pasiones humanas.

Como curador y crítico pocas veces he encontrado a un artista que aborde vertientes tan distintas en su obra. El reto para mí ha sido enfrentar a una obra que me era desconocida del todo y tratar encontrarle un sentido a partir de las preguntas que surgieron al ver las pinturas que integran la serie *Las noches oscuras del alma*.

En conversaciones que sostuve con el pintor traté de desentrañar la ambigüedad que planteaban las diferentes series. Pineda es un creador que trabaja obsesivamente durante meses con una idea. Él intenta poner en trazos una idea difusa, para hacerla visible, incluso tangible. *Las noches oscuras del alma* ha ocupado su atención desde hace dos años.

A sus 36 años Cristian Pineda es un creador prolífico que ha abordado muchas técnicas y temas, y siempre lo ha hecho con maestría y honestidad. Lo que en un primer momento se me presentó como una obra figurativa y simbolista, se complejizó a medida que trataba de asir los orígenes de esta serie, que proceden de mucho tiempo atrás, cuando conscientemente decidió evitar en su pintura la alusión a referentes locales de su natal Juchitán.

Para Pineda el principio de toda serie es el dibujo. Puede ser que las lecturas o el contacto con la realidad e incluso el trato con personas le ofrezcan claves y temas, pero el principio siempre será un dibujo y más concretamente, como dice él, la línea, el rayón, el garabato, los que guían su intuición. Cristian siempre comenzará y acabará la obra dibujando.

Su evidente fidelidad al dibujo plantea la primera pregunta: ¿Cómo distinguir la temática de cada serie, si en todas ellas el trazo es fundamental para su desarrollo y conclusión? Para mí la pregunta ha sido: ¿Qué es lo sustancial de su obra, el continente o el contenido? El hecho de que las series estén separadas por el tiempo y por elementos formales, me indica que el asunto debe ser importante, quizá tan determinante para la obra como el dibujo mismo.

Aunque Cristian Pineda ha incursionado en los medios digitales contemporáneos, en el video, la fotografía digital, con otros objetivos estéticos en mente. El recurso de la pintura, y específicamente al dibujo, conlleva para él un regreso a lo primitivo. Un retorno que puede entenderse como una búsqueda de la abstracción, por medio de la simplificación de la figura hasta sus elementos más esenciales.

Intentaré describir el contexto en el que surge este artista para comenzar a explicar o proponer algunas preguntas relevantes sobre la series que conforman la producción reciente del artista.

Juchitán es la ciudad donde Cristian Pineda nació y produjo sus primeras obras. Sabemos que la tradición artística juchiteca surge de la narrativa oral, del hábito de la fábula, en donde animales, paisajes, objetos inertes son animados para contar una anécdota a través de la pintura y el dibujo. Éste último es herramienta de uso corriente entre los artistas oaxaqueños que lo emplean de manera figurativa, alcanzando un alto grado de síntesis visual.

Desde que inició su carrera Cristian Pineda ha luchado conscientemente para alejarse de la figura en el sentido mimético o ilustrativo que ésta posee en la escuela oaxaqueña. De muchas maneras ha logrado establecer una reputación propia por medio de una obra que no es narrativa, y que a pesar de usar la figuración, no se sustenta en el simbolismo y la parábola, como sucede en la obra de muchos de sus contemporáneos. Pineda ha logrado desprenderse de esa herencia descubriendo formas de decir alejadas de a las tradiciones culturales de su patria chica.

El resultado de esta huida artística ha dotado a su obra de una cualidad muy subjetiva, razón por la que resulta difícil traducirla a palabras, conceptos o explicaciones

contextuales. Es claro que su pintura posee tintes poéticos, que sus cuadros son un campo autónomo alejado de la representación o la explicación de su contenido. Por tanto, debemos apelar a la intuición, lo sensorial, lo perceptual, para encontrar las claves de lectura de la misma

Los misterios que rodean su creación plástica hacen de ella una incógnita, una pregunta sobre la esencia de lo pictórico, sobre la imaginación que guía a la mano y a la mirada por un caleidoscopio de formas y colores. Pero sobretodo, la pregunta por su creación debe responder por el conjunto de obras de esta serie que no cuenta con títulos individuales para cada pintura. Esta particularidad obliga a ver el conjunto como facetas del proceso de una misma idea.

En contraste, la serie anterior que realizó el pintor poco tiempo antes, Vipassana, ofrece una puerta de entrada a la interpretación. El título de esa serie de 2015 es una referencia a un tipo de práctica de meditación budista, cuyo objetivo es aprender a “ver las cosas como son” por medio de la contemplación.

En una de las pláticas que tuvimos, Cristian me reveló que su *modus operandi* era dibujar para mostrar lo que siente adentro (expresar implica exteriorizar aquello que presiona desde el interior); me percaté que la meditación *vipassana* es el objetivo de su tarea artística, pero no necesariamente su contenido.

No se puede explicar la poesía, sólo se puede leerla o escribirla; su objetivo está en fluir con ella para tratar de llegar a las cosas como son en su esencia. Mi primera tentativa de explicación ha sido comprender la obra de Cristian es percibirla desde la interioridad y la transitoriedad que caracterizan a sus creaciones. Cada cuadro encierra su propia experiencia, emoción, esencia.

En la serie *Las noches oscuras del alma* percibí una serie de embates, que se manifestaban entre líneas abiertas y formas cerradas, o a partir de colores destellantes y tonos oscuros. El proceso inverso de la pintura, líneas destellantes sobre fondos apagados, que usa Pineda nos ofrece un visión llamativa que habla de una interioridad refulgente. Este procedimiento resulta similar a aquel cuando uno ve un objeto brillante y posteriormente cierra los ojos; se produce entonces en la mente la figura

del objeto en los tonos complementarios de éste. Este fue el principio de complementariedad que influyó sobre el trabajo de color de los pintores postimpresionistas y los artistas del grupo *Nabi*, que recurrían a la deformación y los contrastes lumínicos fuertes.

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas: yo no podría afirmar categóricamente que las pinturas de ese conjunto diverso sean únicamente el resultado de un efecto óptico descrito desde el siglo XIX, solamente estoy explicando el contexto de la imaginación artística. Estoy consciente de que el tema todavía yace ahí dentro de los cuadros, muy por abajo de la superficie pictórica.

Para ir más allá de la fachada de estas obras habrá que analizar qué otras relaciones existen entre una pintura que “muestra las cosas como son” (*vipassana*) y otro tipo de pintura que está enmarcada por sentimientos y emociones oscuros. Esto me lleva a pensar que la producción de Cristian Pineda proviene de un dualismo interno-externo, luz-oscuridad, emotivo-racional. La percepción del enjambre de formas se logra por el contraste entre luz y penumbra. Eso que llamamos contorno de los objetos no existe en la realidad; la línea oscura que separa mi brazo de la pared en el fondo es tan solo una ilusión que se forma cuando la orilla del brazo se dobla sobre sí y se aleja del ojo que la percibe; ahí se produce un efecto de concentración de la sombra que parece una línea, aunque físicamente se trata de un plano curvo. Las cosas no son como las ve el ojo sino como las interpreta la mente.

Las pinturas que conforman a cada una de las series son dibujos autónomos, y podrían tener una relación con algo personal o contextual. La serie *Las Noches oscuras del alma* trata algo más personal e íntimo, con un dibujo expresionista muy lírico, pleno de movimiento y color, que va más allá de la apariencia del mundo y de los sentidos.

Dado que la *noche oscura* hace alusión a un estado temporal, sin ligarse a un territorio o geografía, la frase propone una metáfora de una condición temperamental, romántica, relacionado al estado del alma o de la conciencia. La experiencia interna tratando de tomar forma externa en las pinturas a través del dibujo caligráfico (no muy lejano del grafiti de los años 80), con manchados y muescas de color, muestra

una dualidad de campos cromáticos limpios y bien definidos e interacción entre líneas-contorno exageradas y superficies planas.

El ritual ditirámico en la pintura

Lo que las pinturas nos ofrecen es un sentido de presencia. No intentan de adjetivar o describir un algo o un acaso, un cómo y cuándo. Cristian Pineda nos hace partícipes de un rito dionisiaco, por medio del arcaico ritual de la pintura, en el que el frenesí individual del pintor, se convierte en abrazo colectivo, uniendo historia, mitología y destino colectivos.

La sabiduría dionisiaca del arte dramático griego establecía que todo sufrimiento proviene de la individualización de la conciencia, por tanto los rituales colectivos dedicados a Dionisio son una forma artística y dramática de abandonar el Yo y fundirse en el Nosotros. Si adoptamos el sentido que da Friedrich Nietzsche a la tragedia clásica, las obras de Cristian actúan como los tótems dentro de un ritual dramático. Están situadas entre el *nosotros* y el mundo, creando un puente entre los sentidos y la percepción de una realidad más profunda. Elaborando aún más esta idea, puede decirse que las pinturas son el equivalente al papel que cumple el “coro” ritual dentro de la tragedia: son la poesía ditirámica relacionada con el ritual dionisiaco, la cual implica el despojo del ego y del dualismo sujeto-objeto en la representación de las pasiones. El ritual ditirámico nos coloca frente a frente con la emoción primigenia previa al conocimiento sensible, donde la intelectualización y la racionalidad están suspendidas temporalmente.

La posibilidad de una pintura ritual me vino a la mente luego de que Pineda me confió durante una conversación que al dibujar él desea poner en claro una emoción, requiere visibilizar sus estructuras, darle forma a lo que no se puede designar únicamente con la lógica mimética del parecido visual. Esta misma experiencia es la

que se produce entre nosotros y el mundo a través de la unión entre la imagen y la palabra. Vemos las formas del mundo al nombrarlas, por lo que no es casual, y quiero pensar que es totalmente intencional, que el artista añade palabras o dibuje letras dentro de la pantalla pictórica que separa al sujeto y la realidad. Lo que hace Pineda puede leerse también como una escritura visual, jeroglífica, que al componer cartuchos de signos crean una cadena de significantes. Es así donde hace surgir al arte como experiencia de una presencia, que evoca el ritual.

Las noches oscuras del alma es un conjunto de atmósferas, a diferencia de los cuadros de la serie *Vipasana* que están más ligados al uso de signos superpuestos en composiciones hieráticas. Por ser atmosféricas, las pinturas están lejos de describir territorios concretos de la experiencia. Los símbolos crean un juego de opuestos, tal como sucede en la pintura que yo llamo *Sol Negro*, en la aparece en el cuarto inferior derecho el perfil de una mujer acompañada de figuras zoomorfas, mientras que en el cuarto superior izquierdo se observa un varón de perfil, adornado con una guirlanda de hojas, característica de varias de sus pinturas, que hacen una referencia a la botánica y la fauna.

En los dibujos realizados sobre papel con crayón al óleo resulta evidente la similitud con la obra del pintor oaxaqueño Rodolfo Nieto (1936-1985), quien desarrollara su carrera en París y fue poseedor una gran elocuencia para dibujar bestias en actitudes sedentes. Dichos animales representan en ocasiones un nahual, es decir, un alter ego, un compañero, que comparte características de temperamento o carácter con el animal con el que está relacionado. Pero también puede tratarse de una advocación de la energía que encierran estos animales siempre ágiles y evocativos.

En las pinturas de Pineda los animales son formas en estado de metamorfosis, que borran la distinción entre dibujo y pintura. Los trazos reflejan una manualidad evidente, un tratamiento espontáneo de la línea, caracterizado por su ausencia de volumen y claroscuro. Las estrías de colores sobre los fondos oscuros recuerdan también algunas herencias surrealistas de creadores como Wifredo Lam (1902-1982), con quien Pineda comparte el interés por la naturaleza y por los signos usados por las religiones panteístas y animistas. En la obra de Cristian Pineda se reafirma en la

búsqueda de lo inmaterial, basada en el sentido del rito dionisiaco, donde el color posee un registro más ditirámico, embriagante, relacionado con un ritual de liberación.

La mayoría de las obras posee un carácter espontáneo que supone el trabajo simultáneo de varias de ellas al unísono, lo que le permite al artista contar con el lapso de tiempo necesario para retomar la conciencia de la totalidad del “cuadro como tablero” donde juega una partida consigo mismo. El espacio cuadrangular de la pintura se presta para esa zona de juego que el pintor requiere a fin de desbordar sobre ella sus “jugadas” con diversos recursos de entrelazamiento de formas. Cada figura se expande o contrae en un espasmo de color jubiloso, dejando el espacio para que se produzca un intercambio de contornos y manchas. Todas estas formas son planas, transgreden la idea de perspectiva tridimensional. Podría identificárseles como garabatos expresivos, que sintetizan temperamentos distintos que van de la ensoñación melancólica a la pasión sanguínea.

A lo largo de su trabajo el dibujo ha sido una herramienta que le permite llegar espontáneamente a planteamientos y cuestionamientos. Es un dibujo final, no un boceto, que permite una gran libertad pictórica. El transcurso de un pensamiento fugaz es más contundente que la imagen realista, porque está guiado por la espontaneidad que resulta del movimiento. La lucha de contornos y campos cromáticos viscerales son los elementos que hacen que las impresiones lleguen con rapidez a la mente.

El díptico que muestra un paisaje, oscuro y dibujado con trazas que recuerdan el gis sobre la tiza, es una presentación de formas ondulantes que dan origen a seres mágicos. El mundo es un espacio susceptible de influencias mágicas y apariencias que requieren un estado de conciencia alterno. Los seres zoomorfos que pueblan esos espacios resultan completamente emancipados de la realidad y existen sólo en la pintura gracias a los gestos.

La referencia a la noche sugiere también la visión astronómica y astrológica del universo. Las estrellas y las constelaciones nos permiten imaginar seres míticos que

representan destinos o formas de vida, a través de la sencilla conexión lineal entre puntos lumínicos. La oscuridad representa el telón infinito donde los cuerpos estelares se mimetizan con formas terrenales de mitos, animales, seres fantásticos divinos: la Osa Mayor, el Cinturón de Orión, los gemelos Cástor y Pólux y otras más. Las formas imaginarias que surgen de las constelaciones estelares aparecen dispersas en la bóveda celeste cual dibujos y racimos brillantes de estrellas como las Pléyades.

En las pinturas de la serie *Las noches oscuras del alma*, el artista ha recreado bóvedas espaciales en las que el ojo, la mirada, se solaza con la invención de criaturas, movimientos, espectros blancos y auroras traslúcidas que dan a ciertos cuadros la apariencia de la Vía Láctea en constante expansión. Esos paraísos enigmáticos del infinito llevan a pensar en el asombro que experimenta el ser humano al contrastar su minúscula existencia con la infinitud universal, un cuestionamiento que evoca la obra del artista.

Asimismo, otros fenómenos interestelares como el eclipse o la expansión elipsoidal de las nebulosas, son glosados por el pintor en sus cuadros para provocar interferencias de cuerpos que proyectan sombras o luces enigmáticas unas sobre otras. Tales encuentros remiten a la idea de un macrocosmos fantástico, en el que se funden todos los arquetipos que la imaginación es capaz de producir en su búsqueda de una interpretación del sentimiento.

La visión de la oscuridad interna ocurre cuando cerramos los ojos y un conjunto de luces se presentan en la retina por unos instantes. Estas formas guardan cierta similitud con las que crea Pineda en su obra. Se trata de la percepción de la oscuridad, del vacío y de la ausencia que confrontan al individuo con su soledad. De esas experiencias encontramos ejemplos en algunas de las piezas que sugieren rayos, auroras boreales, o figuras hechas de grises nubosidades.

Nomadismo artístico

Hasta ahora he discutido lo que determina el trabajo de Cristian Pineda, su relación con los materiales, con las superficies pictóricas y las posibles interpretaciones empíricas que pueblan sus obras. Resta analizar lo que su obra no posee ni aspira a

tener. Y creo que siendo un creador nacido en una ciudad con una idiosincrasia tan particular como lo es Juchitán, que para muchos sería un orgullo y una cuna con una gran herencia, en el caso de Cristian Pineda no hay referencias explícitas al “alma juchiteca”. Las manifestaciones artísticas oaxaqueñas -me refiero a todas las disciplinas, no sólo a la pintura o la gráfica que son bien conocidas, también a los textiles, la alfarería, la cestería y la herrería- constituyen fuentes inagotables de expresión, conocimiento de materiales y soluciones formales. No obstante, en el caso de Pineda, las convenciones formales y las técnicas artesanales de su estado natal no están del todo presentes en su vocabulario plástico. Cuando aparecen ocasionalmente ha sido sólo de manera tangencial. Cristian Pineda ha sido un nómada del arte que ha escogido deliberadamente los lugares de la conciencia donde quiere habitar y que resultan apropiados para su imaginación.

En nuestra conversación tocamos ese punto. Me interesaba saber qué tanto el se había identificado con la escuela juchiteca de arte visual. Su respuesta fue clara: para ser el artista que él deseaba debía abandonar el lugar en que nació y creció. Su formación artística comenzó en el Istmo oaxaqueño, pero se va solidificar y a acrecentar fuera de las tierras de la Antequera oaxaqueña.

Primero migró a la capital mexicana y a partir de ahí comenzó un amplio recorrido por diferentes regiones del país, que lo llevaron de las costas a las fronteras del sur y norte. La necesidad de no echar raíces en ningún lugar definido lo llevaron a Francia y posteriormente Cataluña, donde residió por más de un año. Fue casi una década después, en el Este de Europa, donde conoció el aislamiento que sufre el migrante cuando se enfrenta a un medio que le es casi totalmente extraño. La experiencia le demostró que no pertenecía en ese territorio, no había lugar para él. Los límites y las fronteras lo constreñían y empujado por ese sentimiento decidió volver a Juchitán. El largo viaje de retorno al origen lo llevó a preguntarse por su origen, cuál era el objetivo de las cosas que había conocido, cuáles eran los bordes de su experiencia. Pintaba y la pintura desbordaba las orillas del bastidor, algo lo había estado deteniendo durante años. El mundo se le venía encima de una sola vez. Estos fueron los sentimientos que lo llevaron a hacerse la pregunta por la naturaleza del arte.

Asimismo, su experiencia con los migrantes que se han convertido en una dolorosa realidad en Oaxaca y México, y a la que ha dedicado parte de su trabajo como activista y creador.

A partir del regreso a México en 2015 surge la serie de pinturas *Vipassana* y comienza una búsqueda sobre la forma en que se le presentan las cosas en el vacío, donde no hay algo que las contenga, donde los objetos se perciben como ideas platónicas: reflejos de luces y sombras sobre el fondo oscuro de la caverna. Una catarsis emocional se precipitaba sobre él y aparecía poco a poco en la pintura. El resultado era de una plenitud e iluminación avasallantes, pruebas patentes de la fuerza expresiva y luminosidad de la obra. *Vipassana* fue el comienzo de la pregunta sobre lo humano, la belleza, el orden y la sincronía de las cosas, la simetría entre lo que sucede arriba en el cielo y abajo en la tierra. El centro de esa experiencia fue la casa, el hogar, que actuó como receptáculo donde se filtró la vasta experiencia nómada de su existir.

De vuelta en Juchitán las cosas ya no eran como las había conocido. En la experiencia migrante el regreso puede ser más difícil que la partida. La mirada de los demás pesa, cae sobre uno como una pregunta por el pasado inmediato. Quizá no todos lo tienen presente, pero la experiencia de la migración es un viaje interno. La serie *Vipassana* supuso un cambio de estrategia, pero para llegar a él habría que cruzar la noche.

Las noches oscuras del alma, camino hacia la espiritualidad

Existen dos obras literarias que tratan el tema de oscura noche del alma como una búsqueda interna, cuando se enfrentan problemáticas de vida. El título de esta serie está asociado con el poema de San Juan de la Cruz de nombre similar. La intención del poeta místico español fue comunicar la experiencia del crecimiento espiritual y la unión con Dios, luego de un periodo de oscuridad dolorosa en la que el San Juan de la Cruz dudó de la efectividad de la oración para acercarse a la divinidad. Esta experiencia es común en las personas creyentes no solamente de la religión Cristiana. En el Budismo el practicante de esta filosofía debe pasar por el conocimiento del sufrimiento que dará lugar a un despertar místico; se trata de un proceso de

purificación procurado por el propio individuo a través de la autoobservación, hasta llegar a la eliminación del ego y el apego a emociones destructivas

Estas experiencias conducen a considerar la oscuridad del alma como un estado de transición en la vida, en el cual la relación entre la creatividad y la espiritualidad responde a crisis emotivas derivadas de la búsqueda de sentido y de la indagación de la belleza existente en los territorios oscuros de la experiencia. Al final de ese trayecto, sin duda el más difícil de una vida, se encuentra una recompensa, la clave del saber quién soy, cuál es mi esencia y el centro de la conciencia humana.

Para Cristian Pineda la primera referencia a la metáfora de la noche oscura del alma se presentó tras la lectura del libro homónimo de Thomas Moore, teólogo y psicoterapeuta que analiza los periodos de tristeza, duelo y fracaso que suelen calificarse como “noches oscuras”, en los que él percibe una oportunidad para descubrir la auténtica personalidad.

En lo que corresponde a la obra pictórica de Pineda, las ideas de Thomas Moore influyeron decisivamente en la consideración de arquetipos y mitologías como paradigmas del conocimiento sensible. Partiendo del hecho de que la belleza surge de la imitación de la manera en que las cosas fluyen y se relacionan unas con otras dentro de la Naturaleza. Cristian recurre a la intuición como herramienta para visibilizar la estética de los mundos artísticos propios. El tránsito de su búsqueda está formulado como trayectos a través de paisajes interiores, que define como santuarios, en los que el espíritu se libera de las fuerzas físicas y de las ataduras conceptuales. De esa forma llega a cuestionar los miedos y la incertidumbre que provoca la transitoriedad de la existencia.

Comprender la producción pictórica reciente de Cristian Pineda es un ejercicio que requiere analizar como se traducen las emociones internas en la forma y el tono dramático. No es posible afirmar que emociones y visiones sean equivalentes, por el contrario, como he intentado demostrar aquí la intensidad que provoca la actividad dibujística en el autor está conectada con la observación de formas naturales visibles acompañadas de grafismos expresivos producto de la imaginación.

El entusiasmo vital que producen sus pinturas es resultado del poder desconcertante de sus pinturas, el cual surge de la ausencia de refinamiento o de una preocupación por expresar contextos particulares. Cristian Pineda nos entrega una reflexión sobre el transcurso de una vida nómada que se manifiesta a través de la representación de la transitoriedad de la vida en todas sus formas.

- 0 -